

ALI
HAZELWOOD

La hipótesis
del amor

Traducido del inglés por Ana Isabel Sánchez



hi-pó-te-sis (sustantivo)

Suposición o propuesta de explicación basada en pruebas limitadas que sirve como punto de partida para una investigación posterior.

Ejemplo: «Basándome en la información disponible y en los datos recogidos hasta el momento, mi hipótesis es que, cuanto más alejada me mantenga del amor, mejor me irá».

Prólogo

Sinceramente, Olive estaba un poco indecisa con todo aquel asunto de la escuela de posgrado.

No porque no le gustara la ciencia. (Sí le gustaba. Le *encantaba* la ciencia. La ciencia era *lo suyo*.) Ni tampoco por la carretada de evidentes señales de alarma. Era muy consciente de que comprometerse con años de semanas laborales de ochenta horas poco valoradas y mal pagadas tal vez *no* fuese bueno para su salud mental. De que pasarse las noches trabajando hasta la extenuación frente a un mechero Bunsen para descubrir un segmento de conocimiento trivial quizá *no* fuera la clave de la felicidad. De que probablemente dedicarse en cuerpo y alma a las actividades académicas, con sólo algún que otro descanso esporádico para robar unos bocadillos que alguien hubiera dejado desatendidos, *no* fuese una elección sabia.

Era muy consciente y, sin embargo, nada de todo aquello la preocupaba. O tal vez sí, un poco, pero podía sobrellevarlo. Era otra cosa lo que la refrenaba de entregarse sin reservas al círculo más notorio y amargavidas del infierno (a saber, un programa de doctorado). La refrenaba, esto es, hasta que la invitaron a hacer una entre-

vista para el Departamento de Biología de Stanford y se topó con El Tipo.

El Tipo cuyo nombre nunca llegó a saber.

El Tipo al que conoció tras entrar dando trompicones, a ciegas, en el primer baño que encontró.

El Tipo que le preguntó:

—Por curiosidad, ¿hay alguna razón concreta para que estés llorando en mi baño?

Olive soltó un chillido. Intentó abrir los ojos a pesar de las lágrimas y lo consiguió a duras penas. Todo su campo de visión estaba desenfocado. Lo único que distinguía era una silueta acuosa: alguien alto, de pelo oscuro, vestido de negro y... ya. Nada más.

—Pues... ¿no es el baño de mujeres? —tartamudeó.

Nada. Silencio. Y luego:

—No.

La voz de El Tipo era profunda. Muy profunda. Realmente profunda. Profunda como un sueño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De verdad?

—Bastante, teniendo en cuenta que este es el baño de mi laboratorio.

Bien. Ahí la había atrapado.

—Lo siento mucho. ¿Tienes que...?

Señaló hacia el urinario, o hacia donde creía que estaban los urinarios. Le escocían los ojos, incluso manteniéndolos cerrados, y tenía que apretarlos con fuerza para aliviar el picor. Intentó enjugarse las mejillas con la manga, pero la tela de su vestido era barata y demasiado fina,

ni la mitad de absorbente que el algodón de verdad. ¡Ah, las alegrías de la pobreza!

—Sólo tengo que tirar este reactivo por el desagüe —contestó él, pero Olive no lo oyó moverse. Quizá porque ella le estuviera bloqueando el lavabo. O tal vez porque El Tipo la hubiera tomado por un bicho raro y estuviese contemplando la posibilidad de echarle encima a la policía del campus. Eso pondría un final despiadadamente abrupto a sus sueños de doctorarse, ¿no?—. No lo utilizamos como baño, sólo para tirar los residuos y lavar los utensilios.

—Vaya, perdón. Pensé...

Sin atinar. Había pensado sin atinar, como era su costumbre y maldición.

—¿Estás bien?

Debía de ser muy alto. Su voz le llegaba como de tres metros más arriba.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás llorando. En mi baño.

—Ah, no estoy llorando. Bueno, un poco sí, pero sólo son las lágrimas, ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

Olive suspiró y se dejó caer contra la pared de azulejos.

—Son lentes de contacto. Caducaron hace un tiempo, y tampoco es que antes fueran de muy buena calidad. Me destrozaron los ojos. Me los quité, pero... —Se encogió de hombros. Con un poco de suerte, mirando hacia donde se encontraba El Tipo—. Tardan un rato en mejorar.

—¿Te pusiste lentes de contacto caducados?

Parecía personalmente ofendido.

—Sólo un poco caducados.

—¿Qué es «un poco»?

—No sé. ¿Varios años?

—¿Qué?

Pronunció aquella palabra de una forma tajante y precisa. Definida. Agradable.

—Sólo un par, creo.

—¿Sólo un par de *años*?

—No pasa nada. Las fechas de caducidad son para los cobardes.

Un ruido brusco, una especie de bufido.

—Las fechas de caducidad son para que no te encuentre llorando en un rincón de mi baño.

Salvo que aquel tipo fuera el mismísimo señor Stanford, tenía que dejar de llamarlo *su* baño.

—No es nada. —Olive le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano. Habría puesto los ojos en blanco si no hubiera sido porque le ardían—. Por lo general, el escozor dura sólo unos minutos.

—O sea, ¿ya lo has hecho más veces?

La joven frunció el ceño.

—¿Qué?

—Ponerte lentes de contacto caducados.

—Por supuesto. Los lentes de contacto no son baratos.

—Los *ojos* tampoco.

Hum. Buen argumento.

—Oye, ¿nos hemos visto antes? A lo mejor anoche, en la cena de presentación de los futuros doctorandos.

—No.

—¿No fuiste?

—No me van esos rollos.

—Pero ¿y la comida gratis?

—No compensa las charlas triviales.

A lo mejor estaba a dieta, porque ¿qué clase de alumno de doctorado decía algo así? Y Olive estaba *segura* de que El Tipo estaba haciendo el doctorado; el tono altivo y condescendiente lo delataba. Todos los doctorandos eran así: se creían mejores que todos los demás sólo porque tenían el dudoso privilegio de masacrar moscas de la fruta en nombre de la ciencia por noventa centavos la hora. En el lúgubre y oscuro infierno del mundo académico, los alumnos de posgrado eran las criaturas más humildes y, por lo tanto, debían convencerse de que eran las mejores. Olive no era psicóloga clínica, pero le parecía un mecanismo de defensa bastante de manual.

—¿Hiciste la entrevista para incorporarte al programa? —quiso saber El Tipo.

—Sí. Para la camada de Biología del próximo curso. —Dios, cómo le quemaban los ojos—. ¿Y tú? —preguntó mientras se los apretaba con la palma de las manos.

—¿Yo?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Aquí? —Un silencio—. Seis años. Más o menos.

—Ah. ¿Te queda poco para doctorarte, entonces?

—Pues...

Olive se percató de que El Tipo vacilaba y se sintió culpable al instante.

—Espera, no tienes por qué contestar. La primera regla de la escuela de posgrado: no preguntes por los plazos de presentación de las tesis de otros alumnos.

Un segundo. Y luego otro.

—Cierto.

—Lo siento. —Ojalá hubiera podido verlo. Las interacciones sociales ya eran bastante complicadas de por sí; lo último que necesitaba era contar con menos pistas por las cuales guiarse—. No pretendía imitar a tus padres en Acción de Gracias.

El Tipo dejó escapar una risa suave.

—No podrías ni aunque quisieras.

—Vaya. —Olive sonrió—. ¿Padres insufribles?

—Y Acciones de Gracias aún peores.

—Eso les pasa a los estadounidenses por abandonar la Commonwealth. —Tendió la mano hacia donde, más o menos, esperaba que estuviera su interlocutor—. Soy Olive, por cierto. Casi como el árbol.

Empezaba a preguntarse si no acabaría de presentarse al desagüe cuando lo oyó dar un paso hacia ella. La mano que se cerró en torno a la suya estaba seca, y caliente, y era tan grande que podría haberle rodeado el puño entero. Todo lo de aquel hombre debía de ser enorme. La altura, los dedos, la voz.

No le resultó del todo desagradable.

—¿No eres estadounidense? —le preguntó él.

—Canadiense. Oye, si por casualidad hablas con alguien del Comité de Admisiones, ¿te importaría no mencionarle mi percance con los lentes de contacto? Creo que no me haría parecer una aspirante precisamente estelar.

—¿Eso crees? —dijo en tono socarrón.

Lo habría fulminado con la mirada si hubiera podido. Aunque a lo mejor no se le estaba dando tan mal conse-

guirlo, porque El Tipo se echó a reír; no fue más que un resoplido, pero ella adivinó que era una risa. Y tampoco le resultó desagradable.

Cuando El Tipo la soltó, Olive se dio cuenta de que se había quedado agarrada a su mano durante más tiempo del debido. Uy.

—¿Tienes pensado inscribirte? —preguntó El Tipo.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que no me ofrezcan la plaza.

Pero había hecho muy buenas migas con la profesora que la había entrevistado, la doctora Aslan. Olive había tartamudeado y mascullado mucho menos que de costumbre. Además, su puntuación en el examen de acceso a la escuela de posgrado y la nota media de su expediente eran casi perfectas. A veces no tener vida resultaba útil.

—Bien, ¿tienes pensado inscribirte si te ofrecen la plaza?

Sería tonta si no lo hiciera. A fin de cuentas, se trataba de Stanford, que tenía uno de los mejores programas de Biología. O, al menos, eso era lo que Olive se remachaba para ocultar la petrificante verdad.

Que era que, sinceramente, estaba un poco indecisa con todo aquel asunto de la escuela de posgrado.

—Pues... quizá. Debo decir que la línea que separa una excelente elección de carrera profesional y una cagada vital crítica se me está volviendo un poco borrosa.

—Parece que te inclinas más hacia la cagada.

Le dio la sensación de que El Tipo estaba sonriendo.

—No. Bueno... Sólo es que...

—¿Sólo es que qué?

Olive se mordió el labio.

—¿Y si no soy tan buena? —le soltó.

¿Por qué, Dios, *por qué* estaba desnudándole los miedos más profundos de su secreto corazoncito a aquel tipo desconocido del baño? ¿Y qué sentido tenía, además? Cada vez que les exponía sus dudas a sus amigos y conocidos, todos le repetían automáticamente las mismas expresiones de ánimo trilladas y vacías. «Te irá bien. Puedes hacerlo. Yo creo en ti». Seguro que aquel tipo hacía lo mismo.

No tardaría mucho.

Estaba a punto.

En cualquier momento...

—¿Por qué quieres hacerlo?

¿Eh?

—¿Hacer... qué?

—Doctorarte. ¿Cuál es tu razón?

Olive carraspeó.

—Siempre he tenido una mente inquisitiva y la escuela de posgrado es el entorno ideal para estimularla. Me aportará importantes destrezas transferibles...

El hombre resopló.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—No me sueltes la frase que has encontrado en un libro de preparación de entrevistas. ¿Por qué quieres *tú* ser doctora?

—Es cierto —insistió ella en un tono algo débil—. Quiero perfeccionar mis habilidades de investigación...

—¿Es porque no sabes qué otra cosa hacer?

—No.

—¿Porque no has encontrado trabajo en la industria?

—No... Ni siquiera he buscado trabajo en la industria.

—Ah.

Se movió, una figura grande y borrosa que se colocaba a su lado para tirar algo por el desagüe del lavabo. Olive captó un tufillo a eugenol, a detergente para la ropa y a piel masculina limpia. Una combinación extrañamente agradable.

—Necesito más libertad de la que puede ofrecerme la industria.

—En el mundo académico no tendrás mucha libertad. —Su voz le llegó desde más cerca, como si aún no se hubiera apartado—. Deberás financiar tu trabajo mediante becas de investigación ridículamente competitivas. Ganarías más dinero en un trabajo común y corriente que te permita tomar en consideración el concepto de fin de semana.

Olive frunció el ceño.

—¿Intentas convencerme de que rechace la plaza? ¿Es una especie de campaña contra los que usamos lentes de contacto caducados?

—No. —Olive oyó su sonrisa—. Voy a hacerme de la vista gorda y a confiar en que sólo haya sido un traspies.

—Los uso *muchísimo* y casi nunca...

—En una larga línea de traspies, claro está. —Suspiró—. A ver, la situación es la siguiente: no tengo ni idea de si eres lo bastante buena, pero esa no es la pregunta que deberías hacerte. El mundo académico es muchísimo esfuerzo a cambio de muy poca recompensa. Lo que

importa es si tu *razón* para entrar en él es lo bastante buena. Así que, ¿por qué el doctorado, Olive?

La joven lo pensó, y lo pensó, y lo pensó todavía más. Y entonces habló con cautela.

—Tengo una pregunta. Una pregunta específica que quiero investigar. Quiero averiguar una cosa. —Listo. Se acabó. Esa era la respuesta—. Una cosa que me temo que nadie más descubrirá si no lo hago yo.

—¿Una pregunta?

Olive notó un cambio en el entorno y se dio cuenta de que ahora El Tipo estaba apoyado en el lavabo.

—Sí. —Sentía la boca seca—. Algo que es importante para mí. Y... no confío en que lo haga nadie más. Porque nadie lo ha hecho hasta ahora. Porque...

«Porque ocurrió algo malo. Porque quiero hacer cuanto esté en mi mano para que no vuelva a suceder».

Pensamientos intensos para tener en presencia de un extraño, en la oscuridad de sus párpados cerrados. Así que los abrió; seguía teniendo la vista borrosa, pero el ardor había desaparecido casi por completo. El Tipo la estaba mirando. Quizá tuviera los contornos borrosos, pero estaba muy *presente*, esperando pacientemente a que ella continuara.

—Es importante para mí —repitió—. La investigación que quiero hacer.

Olive tenía veintitrés años y estaba sola en el mundo. No quería fines de semana ni un sueldo decente. Quería retroceder en el tiempo. Quería estar menos sola. Pero, como eso era imposible, se conformaría con arreglar lo que pudiera.

Él asintió, pero no dijo nada; se enderezó y dio unos cuantos pasos hacia la puerta. No cabía duda de que se iba.

—¿Mi razón es lo bastante buena como para que me inscriba en la escuela de posgrado? —le preguntó, a pesar de que odiaba lo ansiosa de aprobación que debía de parecer. Quizá estuviera en medio de una especie de crisis existencial.

Él se detuvo y se volvió para mirarla.

—Es la mejor. —Estaba sonriendo, pensó Olive. O algo parecido—. Buena suerte con lo de la entrevista, Olive.

—Gracias. —El Tipo ya casi había salido por la puerta—. Quizá nos veamos el año que viene —balbuceó ella, un poco sonrojada—. Si consigo entrar. Y si no te has graduado.

—Quizá —lo oyó decir.

Y, sin más, El Tipo se fue. Y Olive nunca llegó a saber su nombre. Pero, unas semanas después, cuando el Departamento de Biología de Stanford le ofreció una plaza, la aceptó. Sin dudarlo.

Capítulo uno

♥ **HIPÓTESIS:** *Cuando se me da a elegir entre A (una situación algo incómoda) y B (un desastre colosal con consecuencias devastadoras), inevitablemente acabaré eligiendo B.*

Dos años y once meses después

En defensa de Olive, al hombre no pareció importarle demasiado el beso.

Tardó un momento en adaptarse, algo del todo comprensible dado lo repentino de las circunstancias. Fue un minuto raro, incómodo y algo doloroso en el que Olive se sorprendió aplastando los labios contra los de él y, al mismo tiempo, alzándose cuanto le permitían los dedos de los pies para mantener la boca al nivel de la cara del hombre. ¿En serio tenía que ser tan alto? El beso debió de parecer un cabezazo torpe, así que se puso nerviosa pensando que no iba a ser capaz de salir airosa de la situación. Su amiga Anh, a la que Olive había visto dirigirse hacia ella hacía unos segundos, iba a echarle un solo vistazo a

todo aquello y a darse cuenta de inmediato de que era imposible que Olive y El Tipo Del Beso fueran dos personas en plena cita.

Luego aquel instante agonizantemente lento pasó y el beso se volvió... distinto. El hombre inhaló con fuerza, bajó un poco la cabeza, cosa que hizo que Olive se sintiera menos parecida a un mono ardilla trepando a un árbol baobab, y le rodeó la cintura con unas manos grandes y que transmitían una calidez agradable en contraste con el aire acondicionado del pasillo. Después las deslizó unos centímetros hacia arriba para rodear la caja torácica de Olive y atraerla hacia sí. Ni demasiado, ni demasiado poco.

Lo justo.

Fue un picorete prolongado, más que otra cosa, pero resultó bastante agradable y, durante un lapso de unos pocos segundos, Olive se olvidó de un gran número de cosas, incluido el hecho de que estaba apretada contra un tipo desconocido y aleatorio. De que apenas había tenido tiempo de susurrar «¿Puedo besarte, por favor?» antes de posar los labios sobre los suyos. De que lo que en un principio la había llevado a montar todo aquel espectáculo era la esperanza de engañar a Anh, su mejor amiga en el mundo.

Pero un buen beso tiene esas cosas: hace que una chica se olvide de sí misma durante un rato. Olive se descubrió fundiéndose con un pecho ancho y sólido que no cedía en lo más mínimo. Desplazó las manos desde una mandíbula bien definida hasta un pelo asombrosamente grueso y suave y luego... Luego se oyó suspirar, como si ya se

hubiera quedado sin aliento, y fue en ese momento cuando cayó en la cuenta —y fue como si le dieran con un ladrillo en la cabeza— de que... No. No.

No, no, *no*.

No tendría que estar disfrutando de esa situación. Del tipo desconocido y todo el rollo.

Olive jadeó y se apartó de él mientras buscaba a Anh frenéticamente con la mirada. En el resplandor azulado de las once de la noche del pasillo de los laboratorios de biología, no se veía a su amiga por ninguna parte. Qué raro. Olive estaba segura de haberla visto unos segundos antes.

El Tipo Del Beso, por otro lado, seguía de pie justo delante de ella, con los labios separados, el pecho agitado y una extraña luz titilándole en los ojos, y fue justo entonces cuando Olive se percató de la enormidad de lo que acababa de hacer. De *a quién* acababa de...

«Me carga la chingada».

«Me. Carga. La. Chingada».

Porque el doctor Adam Carlsen era un reputado imbecil.

No se trataba de un hecho destacable en sí mismo, ya que en el mundo académico todos los puestos de trabajo situados por encima del nivel de doctorando (el nivel de Olive, por desgracia) requerían de cierto grado de imbecilidad para poder mantenerse en el tiempo, y el profesorado titular ocupaba la cúspide de la pirámide de la imbecilidad. El doctor Carlsen, sin embargo, era excepcional. Al menos si lo que decían los rumores era cierto.

Él era la razón de que Malcolm, el compañero de apartamento de Olive, hubiera tenido que desechar por

completo dos proyectos de investigación y de que tal vez acabase doctorándose con un año de retraso; el que había hecho vomitar de ansiedad a Jeremy antes de sus exámenes del primer año; el único culpable de que la mitad de los alumnos del departamento se vieran obligados a posponer su defensa de tesis. Joe, que antes formaba parte de la camada de Olive y la llevaba a ver películas europeas desenfocadas con subtítulos microscópicos todos los jueves por la noche, había sido ayudante de investigación en el laboratorio de Carlsen, pero al cabo de seis meses había decidido dejarlo por «razones». Seguro que había sido lo mejor para él, porque la mayoría de los ayudantes doctorales que le quedaban a Carlsen tenían las manos perennemente temblorosas y a menudo parecía que no hubieran dormido en un año.

Puede que el doctor Carlsen fuera una joven estrella de rock en el mundo académico y el niño prodigio de la biología, pero también era mezquino e hipercrítico, y resultaba evidente en su forma de hablar, en su manera de comportarse, que se creía el único que hacía ciencia decente de todo el Departamento de Biología de Stanford. De todo el mundo, quizá. Era un pendejo con fama de tener mal genio y ser odioso y aterrador.

Y Olive acababa de besarlo.

No tenía claro cuánto había durado el silencio, sólo sabía que fue él quien lo rompió. Estaba de pie frente a Olive, absurdamente intimidante, con los ojos oscuros y el pelo aún más oscuro, mirándola con fijeza desde quién sabe cuántos centímetros por encima del metro ochenta; debía de ser más de una cabeza más alto que ella. Tenía

el ceño fruncido, una expresión que Olive reconoció de cuando lo veía en el seminario del departamento; una mirada que por lo general precedía al momento en que levantaba la mano para señalar algún defecto fatal detectado en el trabajo del orador.

«Adam Carlsen. Destructor de carreras investigadoras», había oído Olive decir una vez a su directora de tesis.

«No pasa nada. Todo va bien. Más que bien». Iba a fingir que no había pasado nada, a hacerle un educado gesto de despedida con la cabeza y a marcharse de puntitas de allí. «Sí, es un buen plan».

—¿Acabas...? ¿Acabas de besarme?

Parecía perplejo y quizá algo jadeante. Tenía los labios carnosos y gruesos y... Dios. Besados. Era imposible que Olive negara lo que acababa de hacer.

Aun así, valía la pena intentarlo.

—No.

Para su sorpresa, pareció funcionar.

—Ah. Bueno.

Carlsen asintió y se dio la vuelta con aire de andar algo desorientado. Avanzó unos cuantos pasos, hasta la fuente, adonde tal vez se dirigiera en un principio.

Olive empezaba a creer que conseguiría salir bien librada cuando él se detuvo y se volvió con una expresión escéptica en la cara.

—¿Estás segura?

«Maldita sea».

—Pues... —Olive se tapó la cara con las manos—. No es lo que parece.

—Bien. Eh... Bien —repitió él despacio. Tenía una voz profunda y grave que sonaba como si estuviera a punto de enfadarse. Quizá como si ya estuviera enfadado—. ¿Qué está pasando aquí?

No había manera sencilla de explicarlo. A cualquier persona normal, la situación de Olive le habría parecido extraña, pero Adam Carlsen, que a todas luces consideraba que la empatía era un error del sistema y no un rasgo de humanidad, no la entendería jamás. La joven dejó caer las manos a los costados y respiró hondo.

—Uf... Oiga, no se lo tome a mal, pero esto no es asunto suyo.

Se le quedó mirando un momento y luego asintió.

—Ajá. Claro. —Carlsen debía de estar recuperando su compostura habitual, porque su tono de voz había perdido parte de la sorpresa y volvía a ser como de costumbre: seco. Lacónico—. Entonces, volveré a mi despacho y empezaré a trabajar en mi denuncia del Título IX.

Olive exhaló aliviada.

—Sí. Eso estaría muy bien, porque... Un segundo. ¿Su qué?

El doctor Carlsen ladeó la cabeza.

—El Título IX es una ley federal que protege contra la mala praxis sexual en los entornos académicos...

—Sé lo que es el Título IX.

—Entiendo. Así que decidiste ignorarlo de forma voluntaria.

—No... ¿Qué? No. No, ¡qué va!

Él se encogió de hombros.

—Debo de haberme equivocado, entonces. Habrá sido otra persona la que me agredió.

—Agredirlo... No lo «agredí».

—Me besaste.

—Pero no era *en serio*.

—Sin contar con mi consentimiento.

—¡Le pregunté si podía besarlo!

—Y lo hiciste sin esperar a que te contestara.

—¿Qué? Usted dijo que sí.

—¿Cómo dices?

Olive frunció el ceño.

—Le pregunté si podía besarlo y usted contestó que sí.

—Incorrecto. Me preguntaste si podías besarme y yo resoplé.

—Estoy *bastante segura* de que lo oí decir que sí.

Carlsen enarcó una ceja y, durante un instante, Olive se permitió soñar despierta con ahogar a alguien. Al doctor Carlsen. A ella misma. Ambas opciones le parecían maravillosas.

—Oiga, lo siento mucho. Fue una situación extraña. ¿No podemos olvidarnos sin más de lo que pasó?

El hombre la estudió durante un momento eterno, con el rostro anguloso, serio y algo más, algo que Olive no llegó a descifrar del todo porque estaba demasiado ocupada fijándose de nuevo en lo alto y ancho de hombros que era. Es que era enorme. Olive siempre había sido flaca, casi demasiado, pero las chicas que miden 1.75 no suelen sentirse diminutas. Al menos hasta que se encontraban de pie junto a Adam Carlsen. Ya se había fija-

do en que era alto, por supuesto, cuando lo había visto por el departamento o paseando por el campus, o cuando habían compartido el ascensor, pero nunca habían interactuado. Nunca habían estado tan cerca.

«Excepto hace un segundo, Olive. Cuando casi le metes la lengua en la...»

—¿Te pasa algo? —Parecía casi preocupado.

—¿Qué? No. No me pasa nada.

—Porque —prosiguió él con calma— besar a un desconocido a medianoche en un laboratorio de ciencias podría ser señal de que te pasa algo.

—No.

Carlsen asintió, pensativo.

—Muy bien. Entonces recibirás la notificación en los próximos días.

Echó a andar dejándola atrás y Olive se volvió para gritarle a la espalda:

—¡Ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo!

—Estoy convencido de que cualquiera podrá averiguarlo, porque debes de haber pasado la tarjeta para entrar en la zona de los laboratorios fuera de horario. Buenas noches.

—¡Espere!

Olive se acercó a él y lo frenó agarrándolo por la muñeca. Carlsen se detuvo de inmediato, aunque estaba claro que no le habría costado nada zafarse, y clavó una mirada incisiva allá donde los dedos de la joven le rozaban la piel, justo por debajo de un reloj de pulsera que debía de haberle costado la mitad de lo que ella ganaba en un año como doctoranda. O todo.

Olive lo soltó de inmediato y dio un paso atrás.

—Lo siento, no quería...

—El beso. Explícate.

Olive se mordió el labio inferior. La había cagado de verdad. Y ahora tenía que contárselo.

—Anh Pham. —Miró a su alrededor para asegurarse de que, en efecto, Anh no estaba—. La chica que pasaba por aquí. Es alumna de doctorado en el Departamento de Biología.

Carlsen no dio muestras de saber quién era Anh.

—Anh me ha... —Olive se metió un mechón de pelo castaño detrás de la oreja. Ahí era donde la historia se volvía embarazosa. Complicada y un poco infantiloides—. Empecé a salir con un chico del departamento. Con Jeremy Langley, que es pelirrojo y trabaja con el doctor... Da igual. Salimos un par de veces y luego lo llevé a la fiesta de cumpleaños de Anh, y el caso es que congeniaron y...

Olive cerró los ojos. Pero no fue buena idea, porque entonces lo vio todo pintado en el interior de los párpados: a su mejor amiga y al chico con el que había salido esa noche cotorreando en el boliche como si se conocieran de toda la vida; los temas de conversación que jamás se les agotaban, las risas y, luego, al final de la noche, a Jeremy siguiendo con la mirada hasta el último movimiento de Anh. Había quedado dolorosamente claro en quién estaba interesado. Olive sacudió una mano e intentó sonreír.

—Resumiendo: cuando Jeremy y yo cortamos, él le pidió a Anh que salieran. Ella le dijo que no por... el có-

digo de las chicas y todo ese rollo, pero sé que Jeremy le gusta *mucho*. Le da miedo hacerme daño, así que, aunque le he dicho un montón de veces que estoy bien, no me cree.

«Y eso por no hablar de que el otro día la oí confesarle a nuestro amigo Malcolm que Jeremy le parecía increíble, pero que jamás me traicionaría saliendo con él, y me pareció que estaba hecha polvo. Decepcionada e insegura, nada que ver con la Anh valiente y extraordinaria a la que estoy acostumbrada».

—Así que le mentí y le dije que ya estaba saliendo con otra persona. Porque es una de mis mejores amigas y nunca la había visto tan cautivada por un chico, y quiero que tenga todo lo bueno que se merece, y estoy segura de que ella haría lo mismo por mí, y... —Olive se dio cuenta de que estaba divagando y de que a Carlsen todo aquello no podría importarle menos. Se quedó callada y tragó saliva, aunque tenía la boca seca—. Esta noche. Le dije que *esta noche* lo iba a ver.

—Ah.

La expresión de aquel hombre era indescifrable.

—Pero no es verdad. Así que decidí venir a trabajar en un experimento, pero Anh también se presentó aquí. Se suponía que no iba a venir. Pero vino. Y se dirigía hacia aquí. Así que me entró el pánico... Bueno. —Olive se pasó una mano por la cara—. No lo pensé muy bien.

Carlsen no dijo nada, pero se le veía en los ojos que estaba pensando: «Eso es obvio».

—Necesitaba que Anh creyera que estaba en una cita. Él asintió.

—Así que besaste a la primera persona que viste en el pasillo. Todo muy lógico.

Olive esbozo una mueca de dolor.

—Ahora que lo dice así, tal vez no haya sido mi mejor momento.

—Tal vez.

—¡Pero tampoco fue el peor! Estoy bastante convencida de que Anh nos vio. Ahora pensará que ando con usted y, con suerte, se sentirá libre de salir con Jeremy y... —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Oiga, siento mucho lo del beso.

—Ah, ¿sí?

—Por favor, no me denuncie. De verdad que me pareció oírle decir que sí. Le prometo que no era mi intención...

De repente, Olive asumió de una vez por todas la enormidad de lo que acababa de hacer. Acababa de besar a un tipo cualquiera, a un tipo que daba la casualidad de ser el miembro más desagradable de todo el claustro del Departamento de Biología. Había confundido un *resoplido* con su consentimiento, básicamente lo había agredido en el pasillo, y ahora él la miraba de esa manera extraña y pensativa, tan alto y tan concentrado y tan cerca de ella y...

«Mierda».

Tal vez fuera lo avanzado de la noche. Tal vez fuera que hacía dieciséis horas que no se tomaba un café. Tal vez fuera Adam Carlsen mirándola de *aquella forma*. De pronto, toda la situación era demasiado.

—En realidad, tiene toda la razón. Y lo siento mucho. Si se sintió acosado por mí de cualquier manera, debería

denunciarme, porque es lo justo. Fue algo horrible, aunque lo cierto es que no quería... No es que mis intenciones importen; es más bien su percepción de... —«Carajo, carajo, carajo»—. Ahora voy a marcharme, ¿de acuerdo? Gracias y... lo siento mucho mucho *mucho*.

Olive se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo.

—Olive —lo oyó llamar tras ella—. Olive, espera...

No se detuvo. Bajó corriendo las escaleras hasta la planta baja y luego salió del edificio y cruzó los caminos del escasamente iluminado campus de Stanford; dejó atrás a una chica que paseaba a su perro y a un grupo de alumnos que reían ante la biblioteca. Continuó hasta llegar frente a la puerta de su apartamento, paró sólo para abrirla y siguió a toda prisa hacia su habitación con la esperanza de evitar a su compañero de apartamento y a quienquiera que se hubiera llevado a casa esa noche.

Hasta que se desplomó en su cama y miró las estrellas que tenía pegadas en el techo y brillaban en la oscuridad no se dio cuenta de que había olvidado comprobar cómo estaban sus ratones de laboratorio. También había dejado la portátil en la mesa y la sudadera en algún lugar, además de que se le había pasado por completo ir a la tienda a comprar el café que había prometido a Malcolm que le llevaría para el día siguiente por la mañana.

«Mierda. Menudo desastre de día».

A Olive ni siquiera le pasó por la cabeza pensar que el doctor Adam Carlsen —reputado imbécil— la había llamado por su nombre.

Capítulo tres

♥ **HIPÓTESIS:** *Una conversación privada con Adam Carlsen se volverá un 150% más incómoda después de que se pronuncie la palabra «sexo». De que yo pronuncie la palabra «sexo».*

Tres días más tarde, Olive estaba plantada ante la puerta del despacho de Adam.

Nunca había estado allí, pero no le costó encontrarlo. La alumna que salió corriendo con los ojos empañados y cara de estar aterrorizada fue una señal inequívoca, por no hablar de que la puerta de Carlsen era la única de todo el pasillo que carecía por completo de fotos de niños, mascotas o medias naranjas. Ni siquiera tenía una copia de la portada de *Nature Methods* en la que había aparecido un artículo suyo, cosa que Olive sabía porque lo había buscado en Google Scholar el día anterior. Su puerta no era más que madera de color café oscuro y una placa de metal que decía: DOCTOR ADAM J. CARLSEN.